

Título: Construcciones sociales de la niñez: análisis de dos textos literarios españoles de los siglos XVI y XIX

Autoras: Lic. Verónica Halperin¹ y Lic. Mariana Bruno²

Introducción:

La niñez, entendida como una etapa particular de la vida, es una construcción histórica y social, que aún se encuentra muy naturalizada por el sentido común. El historiador Philippe Aires, de la tercera generación de los Annales, la caracterizó como un producto occidental de la modernidad. El autor afirma que en la Edad Media inclusive los niños eran considerados adultos en miniatura. Recién con posterioridad al siglo XVII empezó a extenderse un interés por el desarrollo moral de la niñez. Sin embargo, el origen de la niñez como categoría, la sitúa en el Siglo XVIII en Europa. Momento en que empezaron a surgir una serie de saberes, prácticas e instituciones; por ejemplo se originó la creciente preocupación por la salud y la higiene infantil y en el siglo XIX se institucionalizaron nuevas especialidades médicas como la pediatría.

El objetivo de nuestro trabajo es analizar a partir de dos textos literarios, uno del Siglo XVI y otro del siglo XIX, las similitudes y diferencias en las representaciones sociales acerca de la niñez. Las dos obras elegidas son novelas españolas realistas en las cuales uno de sus personajes es un niño, en un caso, y una adolescente, en el otro, que trabajan como lazarus³. Una de las obras es “La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades” escrita por un autor español anónimo en el año 1554. La otra obra es una novela del siglo XIX, se llama “Marianela” de Benito Pérez Galdós, y fue publicada en el año 1878.

El realismo es una corriente artística que se propone como objetivo reproducir la realidad lo más fielmente posible, y que aspira al máximo de verosimilitud. Si bien es importante aclarar que lo “verosímil” no es sinónimo de “verdadero” y que siempre el escritor enfoca su época desde determinado punto de vista, este género literario nos permite acercarnos a la vida cotidiana de la sociedad de la época, y a las representaciones circulantes acerca de la niñez. Y esto porque uno de los procedimientos implementados para darle verosimilitud a la obra consiste en introducir un material extraliterario, en el caso de Marianela son los debates del orden moral, social, político y científico que atraviesan toda la obra. En el caso del Lazarillo como plantea Juan Goytisolo en “Problemas de la Novela”: “la gran lección de nuestra picaresca es la de ofrecernos (...) una imagen cruel, certera de la sociedad de los siglos XVI, XVII y XVIII. Hojeando las páginas del Lazarillo nos empapamos más en la vida española de la época del Imperio que recurriendo a la lectura de cualquier tratado de historia.”

¹Licenciada en Sociología (UBA) Estudiante de la Maestría en Problemáticas Sociales Infanto-juveniles- UBA e integrante del Grupo de Estudios e Investigaciones sobre Infancia, Adolescencia y Juventud del Instituto Gino Germani (FSOC- UBA).

²Licenciada en Sociología (UBA) Estudiante de la Maestría en Problemáticas Sociales Infanto-juveniles- UBA.

³Según la Real Academia Española, Lazarillo se le llama al muchacho que guía y dirige a un ciego. O a la persona u animal que guía o acompaña a otra necesitada de ayuda.

La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades

1. Sobre la inexistencia de la noción de infancia

El protagonista de esta novela, en el primer tratado se presenta con el nombre de Lázaro de Tormes, quien explica que al nacer en el río Tormes, adquirió el nombre de ese río como sobrenombre. No está especificado el año de nacimiento de Lázaro, de acuerdo a Philippe Aries (1973) esta imprecisión es característica de la época, en la cual era difícil saber fechas exactas.

Lázaro cuenta que nació allí, porque su padre se encontraba trabajando en una molienda cercana a la ribera de ese río y su madre estaba acompañándolo. No hay mención a algún tipo de condicionamiento especial, ni designado algún lugar específico para el parto. De acuerdo a fuentes históricas, destacamos que en ese periodo histórico las mujeres de sectores pobres, parían en cualquier lugar y circunstancia, sin recibir asistencia de ningún tipo. Como plantea Donzelot, “hasta mediados del siglo XVIII la medicina se desinteresó de los niños y de las mujeres. Estas simples máquinas reproductoras tenían su propia medicina, despreciada por la Facultad (...) el parto, las enfermedades de las mujeres embarazadas y las enfermedades de los niños dependían de la “vieja” corporación de domésticas y nodrizas (Donzelot, 1979: 22).”

El autor relata que cuando tenía ocho años (única vez que es detallada la edad)⁴, su padre, quien tenía problemas con la justicia, muere. Ante esta pérdida la madre decide trasladarse con él a la ciudad, alquila una pequeña vivienda y trabaja elaborando comida: “*Y, por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana; y allí, padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar, y a mí hasta ser buen mozuelo, que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban*”.

Aquí podemos destacar ciertas concepciones sobre la crianza de los niños, Aries sostiene que en la sociedad medieval la duración de la infancia se reducía al periodo de mayor fragilidad, cuando el niño no puede valerse por sí mismo, pero luego del destete y aprender a caminar, los niños ingresaban al mundo de los adultos, con quienes compartían los espacios de trabajo y de diversión (Aries, 1973).

Sin embargo Lloyd de Mause ante esta idea que de los niños felices y libremente crecían en el mundo adulto, hace referencia al trabajo infantil, “**Los niños siempre han cuidado de los adultos** en formas muy concretas. En la Edad Media todos los niños excepto los de sangre real, **actuaban de sirvientes** en sus hogares o en casas ajena (...)(de Mause, 1982:41)

En un momento crucial del relato, el autor cuenta que un viejo ciego que frecuentaba la posada en la que trabajaba Lázaro, le pide a su madre que el niño trabaje para él como su lazariño, quien acepta este pedido, por lo tanto a partir de este momento Lázaro se alejará (no por su propia voluntad) del cuidado materno. Lázaro ya no era considerado por su madre y el resto de la sociedad como niño, esta idea se

⁴ Según Aries la edad compete al mundo de la exactitud y de las cifras, aspectos ausentes en la sociedad tradicional (Aries, 1973).

aprecia en la siguiente cita: “**En la sociedad medieval, que tomamos como punto de partida, el sentimiento de la infancia no existía**, lo que no significa que los niños estuvieran descuidados, abandonados o fueran despreciados. El sentimiento de la infancia no se confunde con el afecto por los niños, sino que corresponde a la conciencia de la particularidad infantil, **la distinción esencial del niño y del adulto. Dicha conciencia no existía**” (Aries, 1973: 178).

De esta manera entendemos que la madre ya no consideraba a Lázaro como niño, ya lo había criado lo suficiente, por lo tanto era concebido como algo natural e inevitable su alejamiento del hogar materno y su tarea de servir a los adultos, como se aprecia en este fragmento de la novela: (...) “*cum-
nos huimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo: -Hijo, ya se
que no te veré mas. Procura ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto; vále-
te por ti. Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba*”.

En la teoría psicogenética propuesta por Mause estas acciones, consideradas de abandono y desprotección, se explican por la cierta inmadurez afectiva por parte de los padres para ver al niño como una persona distinta de si mismos, en este proceso de proyección permanece opacado el sentimiento de culpabilidad. Y afirma que las prácticas de abandono de los padres hacia sus hijos fueron frecuentes hasta el siglo XIX (de Mause, 1974).

2. Maltratos, violencia y “servidumbre”

Lázaro recibía continuamente del viejo ciego distintos maltratos y hostigamientos, era el centro de burla y diversión para su “amo” y el resto de los adultos. Estas actitudes Aries las ubicaría dentro de la “infancia graciosa”, se los consideraba a los niños como fuente de diversión y distracción, “como juguetes de los adultos” (Aries, 1973).

Estas situaciones eran vividas por Lázaro con angustia, soledad y tristeza. Además era maltratado físicamente por dicho adulto, quien luego se reía de cómo el niño quedaba dolorido y golpeado, como se observa en el siguiente fragmento: “(...) *Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmo recio la mano y diome una gran calabaza en el diablo del toro, que mas de tres días me duro el dolor de la cornada, y díjome:Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo. Y río mucho la burla*”.

Luego el autor relata el periodo en el que un clérigo fue su amo, en donde ese tiempo el maltrato se caracterizó por el hambre sufrida por Lázaro: “*A cabo de tres semanas que estuve con él vine a tanta flaqua-
za, que no me podía tener en las piernas de pura hambre*”

Lo cual no tenía que ver con una falta de alimentos, sino con una intención del clérigo de no proporcionarle comida a Lázaro, esto era percibido por el niño como un acto hipócrita y mezquino. “*Y por ocultar su gran mezquindad, decíame: - Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros. Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador*”.

De Mause hace referencia al sufrimiento de los niños por falta de alimentación, afirma que a los niños no se les daba alimento suficiente para su desarrollo. En algunas circunstancias esto estaba vinculado al castigo y en otras, el sentido que no eran percibidas las necesidades de los niños. Con respecto a este tema, de Mause sostiene que “en las fuentes (históricas) hay muchos indicios de que a los niños, por regla general, **no se les daba alimento suficiente**. Los hijos de los pobres, por supuesto, pasaban hambre a menudo, pero incluso los de los ricos (...) Desde San Agustín hasta Baxter, los autores se confiesan del pecado de glotonería por robar frutas siendo niños; **nadie ha pensado jamás en preguntarse si lo hacían porque tenían hambre**” (de Mause, 1982: 66, 67).

Tampoco el descanso era respetado por los “amos” de Lázaro, el autor narra que dormía entre pajas o trapos, sin un lugar específico ni un acondicionamiento para el sueño del niño. No se percibe en los adultos ninguna percepción acerca de las necesidades del niño.

3. Ausencia del interés por la educación. Idea que el niño no tiene capacidades, mas que las de servir y cuidar a los adultos.

Aries sostiene que en el siglo XVI la preocupación por la educación de los niños, no existía. “La transmisión de valores y conocimientos, y en general la socialización del niño, no estaba garantizada por la familia, ni controlada por ella. Al niño se le separaba enseguida de sus padres, y puede decirse que la educación, durante muchos siglos, fue obra del aprendizaje, gracias a la convivencia del niño o del joven con los adultos, con quienes aprendía lo necesario ayudando a los mayores a hacerlo” (Aries, 1987: 10). De Mause sostiene que no es que los niños y adolescentes “ayudaban” a los adultos, sino que eran obligados a realizar ciertas prácticas, destacando momentos de profundo sufrimiento en este “libre aprendizaje”.

Como se observa en la vida de Lázaro el aprendizaje se realizaba en las distintas experiencias de servidumbre ante sus amos. En las cuales Lázaro cuidaba y atendía a los adultos, como lo expresa en este fragmento: “*Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que, escapando de los amos ruines que había tenido y buscando mejoría, viniese a topar con quien no sólo no me mantuviese, mas a quien yo había de mantener. Con todo, le quería bien, con ver que no tenía ni podía más, y antes le había lástima que enemistad. Y muchas veces, por llevar a la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal*”.

Marianela

1. El sentimiento hacia la infancia y la cuestión social

En primer lugar, nos parece interesante destacar la presencia en la novela de representaciones y sentimientos vinculados a la niñez como una etapa específica de la vida. Y una marcada diferenciación entre las características propias de la niñez y la de los adultos.

En el siguiente párrafo de la novela Teodoro Golfín describe a Marianela intentando ubicarla en la niñez o la adultez: “*Era como una niña, pues su estatura debía contarse entre las más pequeñas correspondiendo a su talle delgadísimo y a su busto mezquinamente constituido. Era como una jovenzuela pues sus ojos no tenían el mirar propio de la infancia, y su cara revelaba la madurez de un organismo que ha entrado o debido entrar en el juicio. Alguien la definía mujer mirada con vidrio de disminución; alguno como una niña con ojos y expresión de adolescente.*” (*Marianela*, 59)

Por un lado, aparece la dificultad de definir a Marianela, en tanto no presenta las características de una niña y tampoco las de una mujer adulta. Esto puede entenderse porque aún no había una representación acabada de la adolescencia, o porque Marianela no era fácilmente ubicable en el nuevo modelo de infancia, por carecer de cuidados familiares, educación y juego.

Sin embargo, este párrafo es clarificador en tanto aparece “un mirar propio de la infancia” caracterizado por la inmadurez.

Asimismo en otro pasaje de la novela aparece el trato que debe darse a los niños/as, una forma de hablar distinta de la forma de hablar a los adultos. Florentina dice: “*;Pobre Mariquita tan buena y tan abandonada!... ¡Es posible que hasta ahora no la haya querido nadie ni nadie le haya dado un beso, ni nadie le haya hablado como de habla a las criaturas!.... se me parte el corazón de pensarlo.*” (*Marianela*, 123)

Entonces, en el Siglo XIX ya existe la representación de una mirada específica de la infancia, de un trato especial de los adultos para con los niños. Y también aparecen nuevas problemáticas relacionadas con el nuevo sentimiento hacia la infancia, como el abandono y la miseria infantil.

En palabras del médico, Teodoro Golfín: “*(...) Bueno son los asilos pero no bastan para resolver el gran problema que ofrece la orfandad. El miserable huérfano, perdido en las calles y en los campos, desamparado de todo cariño personal y acogido sólo por las corporaciones, rara vez llena el vacío que forma en su alma la carencia de familia. El problema de la orfandad y de la miseria infantil no se resolverá nunca en absoluto; pero habrá alivio a mal tan grande cuando las costumbres, apoyadas por las leyes, ya veis que esto no es cosa de juego, establezcan que todo huérfano, cualquiera sea su origen... no reírse..., tenga derecho a entrar en calidad de hijo adoptivo en la casa de un matrimonio acomodado que carezca de hijos. Ya se arreglarían las cosas de modo que no hubiese padres sin hijos, ni hijos sin padres.*” (*Marianela*, 99)

“*Estáis viendo delante de vosotros a una multitud de seres abandonados, faltos de todo lo que es necesario a la niñez, desde los padres hasta los juguetes...; les estáis viendo, sí..., nunca se os ocurre infundirle un poco de dignidad, haciéndoles saber que son seres humanos, dándoles las ideas de que carecen; (...) les veis viviendo en habitaciones inmundas, mal alimentados, perfeccionándose cada día en su salvaje rusticidad, y no se os ocurre extender un poco hasta ellos las comodidades de que estáis rodeados...; toda la energía la guardáis luego para declamar contra los homicidios, los robos y el suicidio sin reparar que sosteneís escuela permanente de estos tres crímenes!*” (*Marianela*, 98)

Varias cuestiones se desprenden de los apartados anteriormente citados. En primer lugar la preocupación moral por el abandono y la miseria infantil.

Distintos autores explican desde diversos marcos teóricos el cambio social producido por la nueva sensibilidad hacia la infancia. Lloyd de Mause sostiene que las fuerza central del cambio son los cambios “psicogénicos” en la personalidad y en las interacciones padres- hijos. “La evolución de las relaciones paternofiliales constituye una causa independiente del cambio histórico” (de Maus, 1974:17). El autor reconstruye un mundo oscuro para la niñez en el pasado y un nuevo sentimiento moderno más humano y sensible donde los padres logran la madurez emocional para ver al niño como una persona separa de si mismos. En este sentido, su mirada es evolucionista ya que plantea que “la historia de la infancia es una pesadilla de la que hemos empezado a despertar de a poco.” (de Mause, 1974:15).

Por el contrario, Philippe Aries sostiene que este nuevo sentimiento de infancia, y esta preocupación moral lejos de una evolución positiva en el trato a la niñez, significó métodos más severos de crianza, de una infancia libre a un régimen disciplinado. “La familia y la escuela retiraron al niño de la sociedad de los adultos. La escuela encerró a una infancia antaño libre en un régimen disciplinado cada vez más estricto (...) La solicitud de la familia, de la Iglesia, de los moralistas y de los administradores privó al niño de la libertad de que gozaba entre los adultos (...) este rigor reflejaba otro sentimiento diferente de la antigua indiferencia: un afecto obsesivo que dominó a la sociedad a partir del Siglo XVIII (Aries, 1987: 542).

A nuestro entender, los cambios subjetivos de una época no pueden explicarse a partir de mecanismos psicológicos, el cambio de sensibilidad hacia la infancia no debe pensarse como desligado de la consolidación de un nuevo modo de producción, de la conformación de los Estados modernos y de nuevas configuraciones de poder. El nuevo trato a la infancia que tuvo lugar a partir del Siglo XVIII no debe pensarse como un trato moralmente superior o más clemente sino como una nueva configuración de poder, tal como lo plantea Foucault en relación a la reforma penal.

En esta nueva preocupación por la cuestión social de la niñez, aparece por un lado la niñez abandona y pobre como “víctima”, necesitada de rescate para vivir una “auténtica infancia” caracterizada por los juguetes y la familia. Por otro lado, la imagen de la niñez abandonada como “salvaje”, como peligro, relacionada a los homicidios y los robos. Como plantea Donzelot “en las violentas diatribas de los filántropos contra el vagabundeo de los niños aparecen siempre tres componentes: abandono (degradación física), apropiación (explotación) y peligrosidad.” (Donzelot, 1979: 81).

El autor señala que a partir de 1840 y hasta finales del Siglo XIX se multiplican las normas y leyes protectoras de la infancia, y sostiene que “si se quiere comprender este movimiento de normalización de la relación adulto- niño, hay que tener muy claro que lo que se pretendía con esas medidas era de naturaleza indisociablemente sanitaria y política; que con ellas se trataba sin duda de satisfacer el estado de abandono en el que se encontraban los niños de las clases trabajadoras, pero también de reducir la capacidad sociopolítica de éstas, rompiendo los lazos iniciáticos adulto- niño, la transmisión autárquica de

habilidades, la libertad de movimientos y de agitación.” (Donzelot, 1979: 81). Por lo tanto tras la preocupación por la cuestión social encontramos la necesidad de protección, educación y socialización de la niñez, pero absolutamente ligada desde sus orígenes al control social. El pedido de protección aparece ligado en las propias citas al control social, y a la necesidad de mantener el orden.

Si bien en la novela aparece, como venimos diciendo, un cambio en la mentalidad respecto de la infancia; también emerge del relato una persistencia de prácticas de violencia, abandono y negligencia hacia la niñez. En el siguiente párrafo Marianela le cuenta a Teodoro Golfín la negligencia sufrida cuando era aún una beba: “*Yo estaba ya criada por una hermana de mi madre. Mi padre había reñido con ella... Dicen que vivían juntos... todos vivían juntos... y cuando iba a farolear, me llevaba en el cesto, junto con los tubos de vidrio, las mechas, la aceitera... Un día dicen que subió a limpiar el farol que hay en el puente, puso el cesto sobre el antepecho, yo me salí afuera y caíme al río (...) dicen que antes de ello yo era muy bonita.*” (Marianela, 61)

Aries explica las negligencias y la indiferencia hacia la primera infancia como una consecuencia de la demografía de la época, que persistió hasta mediados del siglo XIX. “La gente no podía apegarse demasiado a lo que se consideraba como un eventual desecho”, haciendo referencia a la escasa probabilidad de supervivencia. Mary Martin McLaughlin coincide que debido a las altas tasas de mortalidad infantil, quizás del orden de uno o incluso dos de cada tres, y a las altas tasas de mortalidad en general, los niños que sobrevivían tenían más probabilidades de perder a uno de sus padres o a los dos siendo pequeños que de lo contrario. Por eso propone abordar la vida de los padres y los hijos con anterioridad al siglo XVIII como de “sobrevivientes” y “sustitutos”.

Por otro lado, a lo largo de la novela el trabajo infantil se muestra como una práctica natural de los niños pobres. Marianela trabaja como lazareillo y sus hermanos sustitutos lo hacen en la mina: “*La señana y el señor Centeno, que habían hallado al fin, después de mil angustia, su pedazo de pan en las minas de Socartes, reunían con el trabajo de sus cuatro hijos un jornal que les había parecido fortuna de príncipes en los tiempos en que andaban de feria en feria vendiendo pucheros.*” (Marianela, 68)

El mismo Teodoro Golfín y el padre de Pablo manifiestan haber trabajado de niños: “*yo no carezco de vanidades, y entre ellas tengo la de haber pedido limosna de puerta en puerta, de haber andado descalzo con mi hermanito Carlos, y dormir con él en los huecos de la puerta, sin amparo, sin abrigo, sin familia (...) Yo aprendí a leer y enseñe a mi hermano. Yo serví a diversos amos que me daban de comer y me permitían ir a la escuela.*” (Marianela, 161)

En referencia a esto último Cunningham plantea que “a los hijos de los pobres se los veía como necesaria y deseablemente distintos de los otros niños (...) se consideraba la infancia de los pobres como un tiempo de iniciación al trabajo (...) tales planteamientos permanecieron invariables hasta el siglo XIX y sólo en el XX se llegó a aceptar que los niños constituían más un gasto que un provecho económico para las familias” (Cunningham: 16)

2. Niñez como potencial. Importancia de la educación

En reiteradas ocasiones, a lo largo de la novela, aparece la analogía entre el niño/a y el salvaje. Según Aries esta analogía entre infancia e imperfección se la ha mal interpretado como una ignorancia de la niñez, muy por el contrario, el autor sostiene que manifiesta el comienzo de un sentimiento serio y auténtico de la infancia, ya que supone la educación como un medio para convertir al niño frágil, aún salvaje, en un hombre civilizado y de razón. Como es imperfecto y salvaje el niño no está preparado para afrontar la vida, sino que es preciso someterlo a un régimen de cuarentena antes de dejarle vivir con los adultos. Esta analogía entre “niños” y “primitivos” como explica Andrea Szulc remite a pensar a ambos cerca de la naturaleza y de la esencia de lo humano (Szulc, 2006: 31). Tanto niños como primitivos son definidos por la carencia, como seres incompletos.

En los siguientes párrafos aparece la analogía entre Marianela y los pueblos primitivos: “*-Pues yo he observado en la Nela, algo de inteligencia y agudeza de ingenio bajo aquella corteza de candor y salvaje rusticidad. No señor, la Nela no es tonta ni mucho menos. Si alguien se hubiese tomado el trabajo de enseñarle alguna cosa. ¿Qué creen ustedes? La Nela tiene imaginación; por tenerla y carecer hasta de enseñanza más rudimentaria, es sentimental y supersticiosa. -Eso es, se halla en la situación de los pueblos primitivos-* afirmó Teodoro- *Está en la época del pastoreo.*” (Marianela, 97)

“(...) eres una admirable persona nacida para todo lo bueno pero **desvirtuada por el estado salvaje en que has vivido por el abandono y la falta de instrucción** (...) Los sentidos y las pasiones te gobiernan, y la forma es uno de tus dioses más queridos. Para ti **han pasado en vano dieciocho siglos**, consagrados a enaltecer el espíritu. Y esta egoísta sociedad que ha permitido tal abandono, ¿Qué nombre merece? Te ha dejado crecer en la soledad de las minas sin enseñarte ni una letra, sin revelarte las conquistas más preciosas de la inteligencia” (Marianela, 145)

Detrás de la analogía entre niñez y salvajismo/primitivo, se puede vislumbrar la idea de progreso. La niñez es carente e incompleta; y a la vez es puro **potencial**. De acuerdo a la intervención de las instituciones sociales ese puro potencial puede desarrollarse en un adulto civilizado o quedarse en un estadio inferior de conocimiento. De allí la importancia que se le otorga a la educación y a la familia a lo largo de la novela. Linda Pollock plantea que “los moralistas de esos tiempos (XVII- XVIII) los veían como seres inocentes aunque débiles. Por esta razón había que educarlos y corregir su conducta” (Pollock, 2008:17). Philippe Aries refiere a que esta asociación entre debilidad e inocencia coloca a la educación en el primer plano de las obligaciones hacia la infancia.

Como ya se mencionó anteriormente, la sociedad tradicional medieval que no podía representarse al niño entendía a la educación como aprendizaje, gracias a la convivencia del niño o del joven con los adultos, con quienes compartía juegos y trabajos. Recién a fines del Siglo XVIII la escuela sustituyó al aprendizaje como medio de educación y el niño fue separado de los adultos y manteniéndolos en un período de cuarentena. La escuela, en este sentido, al retirar a los niños de la sociedad adulta, fue un requisito para el surgimiento del concepto de niñez.

3. El ideal de familia, el saber médico y la biopolítica

Una vez que se reconoce que el niño es incompleto y no está en condiciones de afrontar la vida adulta, aparece el interés por la educación como un modo de preparación y cuarentena. Al mismo tiempo, se transforma la familia. “La familia deja de ser únicamente una institución de derecho privado para la transmisión de los bienes, y asume una función moral y espiritual: será quien forme los cuerpos y las almas” (Aries, 1987: 542).

Aries explica como en la sociedad medieval el sentimiento entre esposos, entre padres e hijos, no era indispensable para la existencia, y que las relaciones afectivas se consolidaban fuera de la familia, en un círculo denso integrado por vecinos, amigos, amos, criados, niños, ancianos. A partir del Siglo XIX la familia se convierte en un lugar de afecto necesario y comienza a organizarse en torno al niño. Se retira de la vida colectiva y se recluye dentro de una casa, en la intimidad.

A lo largo de la novela aparece el ideal de familia reflejado en la relación entre Pablo y su padre. Aparecen algunas representaciones vinculadas al nuevo régimen familiar: “*Para él eran todos los cuidados y los infinitos mimos y delicadezas cuyo secreto pertenece a las madres, y algunas veces a los padres, cuando faltan aquellas. Jamás contrariaba a su hijo en nada que fuera para su consuelo y distracción en los límites de lo honesto y lo moral. Divirtiéle con cuentos y lecturas, tratábale con solícito esmero, atendiendo a su salud, a sus goces legítimos, a su instrucción y a su educación cristiana.*” (Marianela, p 76)

Los Centeno, la familia sustituta de Marianela, es caracterizada como “familia de piedra” en tanto es presentada como opuesto al ideal de familia de la época. Sin embargo, se puede observar el deber ser del sentimiento de amor de los hijos a los padres en un diálogo entre Cepilín, el hijo más pequeño de los Centeno, y Marianela: “-¡Ah! Nelilla estoy rabiando. Yo no puedo vivir así, yo me muero en las minas. Paso las noches llorando y me muerdo las manos, y... **no te asustes Nela, ni me creas malo** por lo que voy a decirte (...) que **no quiero a mi madre y a mi padre** como los debiera querer- -Ea, pues, si haces eso, no te vuelvo a dar un real. ¡Cepilín por amor de Dios, piensa bien lo que dices!” (Marianela, p 67)

“*Daba la Señana muy pocas comodidades a sus hijos en cambio de la hacienda que con las manos de ellos iba formando; (...) Señana dejaba correr los días, muchos pasaron antes que sus hijas durmieran en camas; muchísimo antes que cubrieran sus lozanas carnes con vestidos decentes. Dábales de comer sobria y metódicamente, haciendo partidaria en esto de los preceptos higiénicos más en boga (...) las relaciones de esta prole con su madre, que era la gobernadora de toda la familia, eran la de una docilidad absoluta por parte de los hijos y de un dominio soberano por parte de la Senana*” (Marianela, 70, 71)

En el párrafo anterior también aparece la importancia de los preceptos médicos al interior de la familia, y el papel de la mujer en ejecutar esos preceptos. Donzelot explica como a partir del Siglo XVIII se comienza a difundir la medicina doméstica hacia el interior de las familias, sobre todo en las familias

burguesas. Recién en la segunda mitad del siglo XIX se despliega una estrategia de familiarización en las capas populares, apoyándose fundamentalmente sobre la mujer. Esta intromisión del saber médico, que se contraponía al saber de las nodrizas y domésticos, necesitaba a la mujer como aliada. “Alianza provechosa para ambas partes. El médico triunfa gracias a la madre contra la hegemonía de la medicina popular, y en contrapartida, concede a la mujer, por la importancia creciente en las funciones maternas un nuevo poder en la esfera doméstica” (Donzelot, 1979: 23). Así haciéndose partidaria de los preceptos higiénicos la Senana gobernaba la familia.

A lo largo de toda la novela aparece en un primer plano la importancia del cuidado del cuerpo, de la higiene, de la medicina. Uno de los protagonistas, el más preocupado por la “conservación de los hijos” es médico. El higienismo aparece como una corriente moral que interviene en el ámbito de lo social. Esto se vincula a la influencia del positivismo en el Siglo XIX, donde los preceptos médico- higienistas buscaban asegurar el desarrollo de prácticas de conservación y de formación de la población para su integración al mundo industrial.

Como plantea Foucault “el poder sobre la vida se desarrolló desde el Siglo XVII (...) uno de los polos fue centrado en el cuerpo como máquina para su adiestramiento, el aumento de aptitudes, la extorsión de sus fuerzas, el crecimiento de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos, todo ello quedó asegurado por procedimientos de poder característicos de las disciplinas: anatopolítica del cuerpo humano.” (Foucault, 1976: 131).

A su vez, comienza a aparecer en la novela la importancia de las estadísticas y del registro de los muertos: “(...) *Mirá la estadística Teodoro, mírala y verás la cifra de pobres... Pero si la sociedad desampara a alguien, ¿para qué sirve la religión?* (...)” (Marianela: 98)

“Fueron revueltos los libros parroquiales de Villamojada, porque era preciso que después de la muerte tuviera un nombre la que se había pasado la vida donde se la nombraba de distintos modos [haciendo referencia a Marianela] Hallando aquel requisito indispensable para figurar en los archivos de la muerte (...)” (Marianela: 163)

Aries explica que recién a partir del siglo XVIII los curas se empezaron a preocupar por mantener los registros con la exactitud que exige un Estado moderno. Al respecto Foucault plantea que el otro polo del poder sobre la vida es aquel que se centra en el cuerpo- especie, y que sirve de soporte a los procesos biológicos: los nacimientos, la mortalidad, la longevidad, etc. “Todos estos problemas son tomados a su cargo por una serie de intervenciones y de controles reguladores: una biopolítica de la población” (Foucault, 1976: 132). El poder soberano con potencia de muerte comienza a ser en parte desplazado por la administración de los cuerpos y la gestión calculada de la vida.

5. Juego y vestimenta como marcas de desigualdad social

Por último, queríamos agregar algunas consideraciones en relación a la desigualdad social. A través de la novela se visualiza como el nuevo régimen de familia, la nueva concepción de niñez y la

importancia de la educación aparecen reflejados en discursos y representaciones, así como en la vida cotidiana de Pablo y Florentina; pero no así en las experiencias de Marianela y sus hermanos sustitutos.

La desigualdad aparece a su vez reflejada en la vestimenta y en los juegos. En relación a la vestimenta aparece una clara diferenciación entre la de Marianela y la de Florentina: “[padre de Florentina] las personas decentes no comen moras silvestres, ni dan esos brincos. ¿Ves? Te has estropiado el vestido... no lo digo por el vestido que así como se te compró ese se te comprará otro...digolo porque la gente que te vea podrá creer que no tienes más ropa que la puesta. La Nela observó los vestidos de la señorita [Florentina] eran buenos y rico (...) todo su atavío desde el calzado a la peineta (...)” (Marianela, 119)

“[los ojos] nos sirven para enterarnos de algunas cositas que los pobres no tienen y que nosotros podemos darles- Diciendo esto tocaba el vestido de Marianela- **¿por qué esta bendita Nela no tiene un traje mejor? Yo tengo varios y le voy a dar uno, y además otro, que será nuevo (...)**” (Marianela, 125)

Respecto al juego el padre de Florentina le señala a su hija que no todos los niños/as de cualquier clase social deben jugar a lo mismo: “*¡Dale! ¿Y qué gusto le encuentras a las moras silvestres? ¡Caprichosa! ¿No te he dicho que eso es más propio de los chicuelos holgazanes del campo que de una señorita criada en la buena sociedad...*” (Marianela, 119)

“*Hija mía, ¿a dónde vas? ¿Qué es eso? ¿Te parece bien que corras de ese modo detrás de un insecto como los chiquillos vagabundos...? Mucha formalidad hija mía. Las señoritas criadas entre la buena sociedad no hacen eso... no hacen eso...*” (Marianela, 120)

Aries explica que en la sociedad del Antiguo Régimen el juego ocupaba un lugar privilegiado en todas las edades y en todas las clases sociales. Luego, la Iglesia medieval condena todo tipo de juego; y más adelante se va a producir una diferenciación entre los juegos más estructurados y educativos y aquellos violentos y sospechosos. “Esta evolución ha sido impuesta con miras a velar por la moral, la salud y el bien común. Otra evolución paralela a ésta especializó según la edad o la condición los juegos que al principio eran comunes a toda la sociedad” (Aries, 1987: 130). Por lo tanto, el autor sostiene que al mismo tiempo que se diferencian los juegos entre niños y adultos, también se diferencian los juegos entre los niños/as de las distintas clases sociales. Parecería ser que el sentimiento hacia la infancia nace ligado también al sentimiento de clase.

Algunas comparaciones y reflexiones finales

A modo de comparación, destacaremos similitudes y diferencias, reflejadas en las historias de Lázaro y Marianela, sobre las concepciones y nociones de la niñez en el siglo XVI y XIX respectivamente.

Como pudimos observar, de lo desarrollado anteriormente, entendemos que en el Lazarillo de Tormes (a partir de ahora Lazarillo) no está presente la noción de niñez. Aries sostiene que en la sociedad medieval “el sentimiento de la infancia no existía”, cuando los niños ya podían valerse por si mismos, en

cuanto podían desenvolverse físicamente, transcurrían su vida cotidiana con los adultos, compartiendo sus trabajos y momentos recreativos (Aries, 1973).

Por el contrario, En Marianela, sí observamos que existía una clara concepción de la niñez, siguiendo el aporte de Aries, en el siglo XIX se observa una noción de niñez vinculada al control y al disciplinamiento desarrollado a través de la valorización de la instrucción y la familia como núcleo fundamental en el aprendizaje de los niños.

Mientras que en el Lazarillo, como plantea Aries que sucedía en el Siglo XVI, la niñez aparece como mucho vinculada a lo “pintorezco” y lo “gracioso”, en Marianela la niñez no se expresa a través de lo entretenido sino por el interés psicológico y la preocupación moral.

Sin embargo, más allá de que en Marianela ya se vislumbra una representación y un sentimiento por la infancia, las condiciones de vida entre Lázaro y Marianela no son tan distantes. Ambos son trabajadores infantiles, sin familia y sin acceso a la educación. Marianela desarrolla su adolescencia en pésimas condiciones de vida, durante la cual sufre constantes humillaciones y maltratos. De una manera similar a los hostigamientos y castigos que sufre Lázaro. Además en el desarrollo de sus infancias, no aparece el espacio de juego, afecto o disfrute.

Otra diferencia observada se relaciona con el rol de la familia. En el Lazarillo podemos deducir que la familia no era importante en el proceso de socialización de los niños, los niños pobres se socializaban trabajando con sus amos, los padres no cumplían un rol esencial en su desarrollo desde que podían valerse por si mismos. En cambio, en Marianela aparece la representación de la familia moderna como un agente fundamental en la moralización de los niños, y donde la ausencia de la misma es concebida con una connotación sumamente negativa para el desarrollo.

Respecto a la educación, en el Lazarillo, la misma aparece naturalmente vinculada al aprendizaje a partir del trabajo con adultos. En la vida cotidiana de Marianela también su educación se vincula con el trabajo y la interacción cotidiana con los adultos, no teniendo ninguna instancia específica de aprendizaje. Sin embargo, mientras en el Lazarillo esto no es cuestionado, en Marianela se observa una fuerte crítica a esta situación, en tanto aparece la idea de niñez ligada a la “debilidad”, a la “imperfección”, a lo “primitivo” y la educación aparece como un medio necesario para convertir al niño, aun cercano a la naturaleza, en un hombre civilizado y racional.

Los autores citados coinciden en que en el siglo XVI el abandono, el maltrato y la desprotección de los niños causaba altas tasas de mortalidad infantil. Vimos que en Marianela, ya aparece la preocupación por el maltrato y el sufrimiento de la infancia. Sin embargo, este sentimiento de protección nace intrínsecamente unido a la necesidad de control social de los cuerpos y las poblaciones.

El poder soberano con la potencialidad de hacer morir, a través del maltrato físico y la violencia, comienza a perder terreno frente al poder sobre la vida de disciplinar los cuerpos y gestionar las poblaciones. La idea moderna de niñez se construye como representación social bajo este nuevo dispositivo de poder.

Nuestra intención en este análisis fue desentrañar concepciones y supuestos acerca de la infancia y la adolescencia en diferentes períodos históricos, lo cual nos permitió entender a la niñez como una construcción social, y no como algo natural y dado. A su vez, el análisis histórico comparativo nos posibilitó comprender como la idea moderna de niñez vinculada a la carencia, a la pasividad y a lo no cultivado estuvo desde sus comienzos relacionada a los mecanismos de intervención, protección y control sobre la infancia pobre. Por otro lado, consideramos que la construcción social de la niñez, en un período histórico determinado, es inseparable de los modos de producción y las configuraciones de poder que en él se desarrollan.

Bibliografía

- Aries, Philippe, “*El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*”, Taurus, Madrid, 1987. (1ra Edición en 1973).
- Cunningham, Hugh, “*Los hijos de los pobres. Trabajo y explotación infantil*”
- De Mause Lloyd, “*Historia de la Infancia*”, Madrid, Editorial Alianza Universidad, 1982 (comp.)
- Donzelot, Jacques, “*La policía de las familias*”, Valencia, España, Ed. Pretextos, 1979.
- Foucault, Michel, “*La voluntad del saber*” en Historia de la sexualidad. Siglo Veintiuno editores. Segunda edición revisada 2008.
- Mc Laughin: “*Supervivientes y sustitutos: hijos y padres del siglo IX al siglo XIII*” 1982
- Pollock, Linda A., “*Los niños olvidados. Relaciones entre padres e hijos de 1500 a 1900*”, Fondo Cultura Económica, México, Primera Edición en español, 1990.
- Resta, Eligio: La infancia herida. Editorial ad hoc. Buenos Aires, 2008.
- Szulc, Andrea, “Antropología y niñez: de la omisión a las culturas infantiles” en Culturas, comunidades y procesos urbanos contemporáneos.

Fuentes literarias

- “*La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*”, anónima, España, 1554.
- Perez Galdós, Benito, “*Mariamelá*”, España, 1878. Ediciones Colihue 1994.

Anexo: Fichas técnicas

-Titulo de la obra literaria: “**La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades**”

-Autor y año: Anónima, la versión más antigua registrada es del año 1554. Época en se sitúa: Siglo XVI

- Contenidos mínimos: Narrada en primera persona, es una novela situada en el siglo XVI en España, dividida en siete tratados.

El autor describe distintas situaciones de su vida, desde su nacimiento en el contexto de una familia pobre, a la adultez, destacando con mayor precisión las experiencias vividas a partir de los 8 años, momento en el que muere su padre. Cuando la madre consideró a Lázaro “un buen mozuelo” y que ya lo había criado, acepta que “sirva” como lazario a un viejo ciego.

Este alejamiento del hogar materno, produce una bisagra en la vida de Lázaro, ya que de aquí en adelante a lo largo de su infancia y adolescencia (no existe esta categorización en esa época histórica) asiste a distintos “amos” (como un clérigo, un escudero, entre otros adultos), de los cuales recibe numerosos maltratos, humillaciones y aberraciones de toda índole.

La historia Lázaro, ejemplifica con claridad las concepciones sobre la niñez y adolescencia del siglo XVI, en las cuales profundizaremos nuestro trabajo.

Titulo de la obra literaria: “**Marianela**” de **Benito Pérez Galdós**

-Época en la que se sitúa: Siglo XIX

-Contenidos mínimos: El argumento de la novela se centra en Marianela, una adolescente pobre y huérfana. Su madre se suicidó cuando ella era un bebé. Desde entonces vive en la casa de una familia sustituta. Marianela trabaja como lazario de Pablo, un adolescente no vidente de una familia perteneciente a un estrato social alto. Ambos tienen una excelente relación, Pablo la consideraba bonita, pese a los dichos de su padre, y Marianela soñaba una vida juntos. Los acontecimientos se desarrollan en la mina, en un paisaje montañoso, árido y rocoso. La novela comienza con la llegada de Teodoro Golfin, médico tío de Pablo, a la mina con la intención de operar a Pablo para que éste recupere la vista. Una vez que eso sucede el padre de Pablo planeaba casar a su hijo con su prima Florentina.

Florentina le promete a Marianela que si Pablo recobra la vista y se casan la llevarán con ellos, la adoptarán como hermana y le brindarán todo lo que necesite, haciéndola tan rica como ellos. Finalmente operan a Pablo, éste recupera la vista y se enamora de la belleza de su prima Florentina, olvidándose de las promesas de amor con la Nela. Marianela se escapa, la encuentra el médico quien la lleva a ver a Pablo. Pablo no la reconoce, la rechaza, y Marianela muere de dolor.